

# CORRIENTES TEÓRICAS PARA EL ESTUDIO DE LAS NACIONES Y EL NACIONALISMO: CRÍTICAS Y ALTERNATIVAS AL PARADIGMA MODERNISTA

## Theoretical Trends in the Study of Nations and Nationalisms: Criticisms and Alternatives to the Modernist Paradigm

RAÚL MORENO ALMENDRAL<sup>1</sup>

Universidad de Salamanca

*Revista de Estudios Políticos*

ISSN-L 0048-7694, núm. 171, Madrid, enero/marzo (2016), pp. 225-253

<http://dx.doi.org/10.18042/cepc/rep.171.08>

### *Cómo citar/Citation*

Moreno Almendral, R. (2016). Corrientes teóricas para el estudio de las naciones y el nacionalismo: críticas y alternativas al paradigma modernista.

*Revista de Estudios Políticos*, 171, 225-253.

doi: <http://dx.doi.org/10.18042/cepc/rep.171.08>

### **Resumen**

Este artículo es un ensayo teórico-historiográfico sobre las corrientes críticas y alternativas al modernismo en los estudios sobre nación y nacionalismo. Se traza una visión general del modernismo clásico y sus variantes como punto de partida. A continuación, se desarrollan las principales corrientes alternativas a partir de sus diferentes autores y aportaciones. Se incluyen tanto autores clásicos como recientes. En primer lugar, se hace una distinción entre primordialismo y perennialismo y se desarrollan sus argumentos sobre la antigüedad del fenómeno nacional. En segundo lugar se abordan las aportaciones del etnosimbolismo y sus propuestas intermedias entre las corrientes anteriores y el modernismo. En tercer lugar, el artículo termina con las nuevas corrientes desarrolladas en los últimos años, que intentan superar los debates sobre la modernidad o no de las naciones y proponen nuevas vías y temas de investigación.

---

<sup>1</sup> Beneficiario de la ayuda FPU 13/00339 del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte.

***Palabras clave***

Nacionalismo; historiografía; modernismo; perennialismo; etnosimbolismo; postmodernismo.

***Abstract***

This article is a theoretical and historiographical essay about the criticisms and alternatives to modernism in Nation and Nationalism Studies. It outlines a general overview of classical modernism and its versions as a point of departure. Subsequently, the main alternative trends are developed according to the works of both classic and recent authors. First, primordialism and perennialism are distinguished, and their explanations regarding the antiquity of national phenomena are outlined. Second, it addresses ethno-symbolic contributions and their intermediate proposals between the previous trends and modernism. The article finishes with the new approaches developed during recent years, which try to overcome debates on whether nations are modern or not, and suggests new lines and topics of research.

***Keywords***

Nationalism; historiography; modernism; perennialism; ethnosymbolism; postmodernism.

## SUMARIO

---

I. INTRODUCCIÓN. II. EL MODERNISMO. III. PRIMORDIALISMO Y PERENNIALISMO. IV. ETNOSIMBOLISMO. V. NUEVAS PERSPECTIVAS, NUEVOS ENFOQUES. VI. CONSIDERACIONES FINALES. BIBLIOGRAFÍA.

---

### I. INTRODUCCIÓN

En el prefacio a la segunda edición de su popular introducción a las teorías sobre el nacionalismo, publicada en 2010, Umut Özkirimli señalaba que ya era difícil sostener que la posición teórica que defendía el carácter moderno del fenómeno nacional, el modernismo, constituía la ortodoxia dominante (Özkirimli, 2010: ix).

Visto desde el punto de la vista de la historiografía española, esto no es tan obvio en la actualidad. Ciertamente, los trabajos de los escasos especialistas en la Edad Moderna y de muchos contemporaneístas dedicados al siglo XIX comienzan a plantear serios desafíos al relato que sostenía que la nación española era una creación de las élites liberales decimonónicas que además no había conseguido implantarse completamente en las masas<sup>2</sup>. Sin embargo, en los contemporaneístas dedicados al siglo XX y aún en muchos especialistas del siglo XIX, el modernismo sigue siendo su basamento teórico preferente y cuestionar la asociación entre modernidad y nación parece condenar a etiquetas poco cómodas como «esencialista» o «rancio nacionalista».

En realidad, a pesar de que el modernismo pueda considerarse la corriente hegemónica en los estudios sobre nación y nacionalismo, existen otras posiciones analíticas que desde muy pronto lo criticaron e intentaron articular alternativas teóricas que dieron lugar a un ya largo debate. Desde nuestro punto de vista, su conocimiento es cada vez más imprescindible para el estudioso de los fenómenos nacionales, con independencia de la época y la disciplina. A lo largo de este artículo se proporcionará una aproximación sistemática a las mismas.

Como punto de partida, se realizará un repaso a lo que es el modernismo y sus variantes fundamentales, así como a los problemas que tenemos

---

<sup>2</sup> La utilización del término modernismo es una transposición de *modernism*, que puede dar lugar a confusión con el grupo de historiadores que estudian la Edad Moderna. Conviene ser conscientes de esta ambivalencia semántica en castellano.

hoy en día en el uso de esta etiqueta. A partir de esto, se irán desarrollando sus diversas alternativas y críticas, agrupándolas en: 1) primordialismo y perennialismo, 2) etnosimbolismo y 3) nuevas corrientes, muy influidas por el postmodernismo y el giro lingüístico.

## II. EL MODERNISMO

Como ya hemos indicado, si tomáramos todos los estudios publicados en los últimos años sobre nación y nacionalismo y consideráramos sus presupuestos teóricos, el paradigma modernista sería probablemente el enfoque estadísticamente dominante en la historiografía sobre el tema (y más aún si se trata de la historiografía española). Sirviéndonos de la obra de A. Smith, quien, aparte de ser uno de los críticos más destacados del modernismo (que no más radicales), proporciona valiosas síntesis teóricas sobre las diversas posiciones del debate, trataremos primero los postulados fundamentales del modernismo «clásico», perfilado ya en los años sesenta del siglo xx, para después dibujar los tipos y variantes que han pervivido esencialmente hasta la actualidad.

Desde el punto de vista de este autor, el paradigma de la modernidad clásica, partiendo de una perspectiva de la realidad esencialmente política, se caracterizaría por los siguientes postulados: 1) Las naciones son totalmente modernas, en el sentido de ser recientes, esto es, desde la Revolución francesa y también en el sentido de que los componentes de la nación son nuevos, esto es, son parte de la nueva era de la modernidad y, por lo tanto, modernos por definición<sup>3</sup>. 2) Las naciones son un producto de la modernidad, es decir, sus elementos no solo son nuevos y recientes, sino que solo surgen (y lo hacen necesariamente) a través de un proceso de «modernización», del ascenso de las condiciones de la modernidad y de políticas modernizadoras. 3) Por lo tanto, las naciones no hunden sus raíces en la historia, sino que son la consecuencia inevitable de las revoluciones que conforman el meollo de la modernidad y, por lo tanto, están sujetas a sus rasgos y condiciones con el resultado de que a medida que se vayan difuminando esos rasgos y se transformen estas condiciones, las naciones irán desapareciendo gradualmente o serán sustituidas. 4) El nacionalismo también forma parte de la modernidad o, más exactamente, de los procesos de modernización y transición en el orden moderno.

---

<sup>3</sup> Existen algunas versiones de modernismo que prefieren como hito demarcador la Revolución norteamericana iniciada en 1776, e incluso algunos defienden los procesos políticos ingleses y holandeses del siglo xvii (en especial 1688), pero en esencia es la misma idea: trazar una «línea roja» que separa lo «moderno» de lo «premoderno».

De modo que cuando se completen estos procesos, el nacionalismo también se debilitará y desaparecerá. 5) Naciones y nacionalismo son construcciones sociales y creaciones culturales de la modernidad, pensados para una era de revoluciones y de movilización de masas y resultan ser capitales para intentar controlar estos procesos de cambio social rápido (Smith, 1998: 21-22).

La consolidación del modernismo estructural, para el cual la relación entre nación y modernidad es que la primera es resultado de la segunda, también en la historiografía, es uno de los rasgos dominantes entre los diversos tipos de modernismo en gran parte desarrollados a partir de los ochenta que configuran los principales pilares del panorama actual. Las corrientes modernistas pueden clasificarse en función del tipo de argumento central que sostengan como clave explicativa del fenómeno nacional. Un repaso a la literatura disponible (fundamentado en Smith, 1998: 25-142, sobre todo; Özkirimli, 2010: 72-142; véanse también Delannoi y Taguieff, 1991; Day y Thompson, 2004) podría dar el siguiente resultado (entre paréntesis, algunos autores de cada corriente):

- Argumentos socioculturales (Gellner, 1983). Las naciones son «funcionales» a la sociedad moderna. Asociadas a la transición de una sociedad agraria-tradicional a otra moderna a través de la alfabetización y la industrialización («cultura del industrialismo»). Relación con la formación de «culturas avanzadas» y sistemas de educación pública. Las nuevas masas de ciudadanos capacitados necesitan la identidad nacional.
- Argumentos socioeconómicos (Nairn, Hechter). Nación y nacionalismo son resultado del surgimiento del capitalismo. Relación con el imperialismo, el ascenso de la burguesía y la idea de colonialismo interno. Predominio de la elección racional y los intereses sociales y económicos de los individuos. Posiciones muy vinculadas con el marxismo.
- Argumentos políticos (Breuilly, 1982; también Tilly, Mann, Giddens). Nación y nacionalismo se originan y modelan a partir de su relación con las fuentes del poder: guerra, élites y desarrollo de los Estados modernos y burocráticos. Centralidad del Estado-nación y de las instituciones en general en su capacidad para generar identidad en las masas de ciudadanos y atraerlos.
- Argumentos cultural-ideológicos (Kedourie, 1960; Kapferer). Nación y nacionalismo se construyen como sistema de creencias trascendentes, forma de religión subrogada y secularizada, vinculada a las transformaciones en la historia del pensamiento y a una cosmología o imaginario nacional.

A estas líneas de pensamiento se añadió en los propios años ochenta la aparición de dos ideas-fuerza cultivadas en la tradición marxista más dinámica, de fuerte enlace con las nuevas corrientes postmodernas, que tendrían un enorme éxito en los años noventa y que acabarían de apuntalar la hegemonía de corte modernista. La primera de ellas fue de Benedict Anderson (1983) y consistió en concebir las naciones como «comunidades imaginadas», abstracciones grupales de gran operatividad y radicalmente subjetivas, resultado de la modernización cognitiva producida en los siglos XVIII y XIX. En la segunda, Eric Hobsbawm (1990) sostenía que las naciones eran «tradiciones inventadas», o sea, artefactos culturales fabricados por las élites en el poder o las excluidas de él que quieren conseguirlo (la idea de «invención de la tradición» ya había sido expuesta en Hobsbawm y Ranger, 1983). Estas tres obras siguen siendo hoy en día profusamente leídas y recomendadas. En el caso de Anderson, ha acabado inspirando a modernistas de nuevo cuño sensibles e implicados en muchas de las nuevas corrientes que expondremos luego y que por la vía de la reforma crítica han acabado revitalizando el modernismo (Archilés, 2015: 26, prefiere hablar de posición «constructivista» frente al etnosimbolismo).

Por supuesto, esta clasificación es más instrumental que definitiva y desde luego hay autores no nombrados. Algunos no encajarían plenamente en una categoría, otros han cambiado sus posiciones a lo largo del tiempo o bebieron fuertemente de autores colocados en una categoría diferente. Por ejemplo, el instrumentalismo de Paul Brass, que sostiene que las naciones son herramientas de las élites para la dominación y la lucha tiene mucho que ver tanto con la construcción del Estado como con el industrialismo y las sociedades capitalistas. Además, tampoco es la misma la distancia que separa a todos los tipos; por ejemplo, en la aceptación de que las naciones son comunidades sociológicas reales, noción puesta en duda por las ideas de «imaginación» e «invención» pero esencialmente aceptada por la mayoría de los tipos anteriores. Sin embargo, un mayor ahondamiento en la cuestión convertiría este trabajo en un artículo exclusivamente sobre el modernismo, lo cual no es su objetivo.

Afortunadamente, en la práctica historiográfica actual no predomina el dogmatismo sino más bien los debates empíricos y versiones mixtas entre los diferentes tipos, aun aceptando la mayoría de los principios básicos del modernismo, e incluso incorporando algunos elementos de las críticas que abordaremos en el epígrafe siguiente. La diversidad interna del modernismo es tal que parece forzar la connotación de la categoría hasta tal punto de cuestionarla en su sentido denotativo. Por ejemplo, con frecuencia se incluye a autores como Miroslav Hroch (1985) y Liah Greenfeld (1993) dentro del modernismo y ambos hacen remontar la génesis de algunas naciones a los siglos medievales y renacentistas. Aun con eso, los historiadores de las naciones y el nacionalismo de inspiración fundamentalmente modernista continúan ocupando un lugar

muy importante en los debates y haciendo valiosas aportaciones sobre temas como la construcción del Estado-nación, la relación entre nacionalismo y corrientes ideológicas o la vivencia social y cotidiana de la nación.

Además, el modernismo subyace en importantes aportaciones del cuantitativismo y la sociología histórica que también es necesario conocer. Destacamos un caso reciente que es buena muestra tanto de sus limitaciones como del divorcio que puede darse en el debate académico cuando las diferentes disciplinas que participan en él se alejan demasiado a nivel teórico, metodológico o ambos. Se trata del libro publicado por Andreas Wimmer, antropólogo y sociólogo, sobre la relación entre la guerra, el conflicto étnico y la construcción del Estado. La principal diferencia respecto a la mayoría de los estudios anteriores es que el autor utiliza técnicas cuantitativas para, a través de la aplicación de modelos matemáticos y tratamiento estadístico de diferentes bases de datos, elaborar un análisis del tema en sintonía con los principios de la clodinámica, una especie de revival cliométrico que ha tenido cierto predicamento entre algunos sociólogos y politólogos.

Básicamente, Wimmer (2013: 4 y 17) concluye que las naciones son el resultado de «un nuevo pacto entre las élites estatales y la población construido sobre el consentimiento y el intercambio mutuo y favorable de recursos» (participación política por apoyo militar e impuestos por suministro de bienes y servicios públicos). Y esto se produce en el momento en que se desarrollan el Estado centralizado y la movilización de masas, esto es, a partir del siglo XVIII. El resultado de ello es el Estado-nación (en su sistema estadístico la fecha de nacimiento exacta es 1816). La historia desde entonces es el proceso de imposición de este modelo a lo largo del mundo. Para Wimmer esta difusión, una vez que la nación «se ha inventado» como idea a finales del siglo XVIII, depende esencialmente de un contexto favorable, de la motivación para la adopción del modelo nacional que constituyen sus ventajas (a nivel de lealtad y movilización de las masas) y de la aparición de un cambio súbito del poder político a favor de los nacionalistas que permita la creación del nuevo Estado-nación.

La influencia de las teorías de la elección racional es manifiesta y desde luego el mecanicismo y la metodología cuantitativa, con su pretensión de objetividad, presentan posibilidades de crítica en múltiples vías, pero lo curioso de la aportación de Wimmer es que atestigua una situación de desconexión entre los científicos sociales que todavía creen en el poder de la cuantificación como núcleo de su investigación y los que piensan que los componentes de contingencia, irracionalidad, libre albedrío e imposibilidad de parametrizar completamente la realidad humana imponen unas limitaciones estructurales a cualquier aproximación de este tipo. Dotado de un potente aparato estadístico, Wimmer (2013: 206-287) nos proporciona ejemplos de esto en el establecimiento de un criterio para calificar a una guerra de importante o no

(en el caso de este autor, que tenga más de mil muertos), la consideración de unas variables o casos determinados y no otros, o el manejo de datos para épocas en las que la contabilidad no es muy fiable. Al final, al tener que utilizar estimaciones y reconocer la necesidad de contrastar cada caso con su contexto histórico, está reconociendo dos de los principales puntos de crítica hacia su investigación.

De forma paralela a la conformación y maduración del modernismo hasta la actualidad, diversas líneas críticas se han ido perfilando. El punto en común que unió al principio a la mayoría es sencillo: negar que las naciones sean algo moderno y que no existan antes de las revoluciones liberales. Afirmando esto, las afinidades tienden a desvanecerse a un ritmo casi parecido a la supuesta coherencia interna de la etiqueta «modernismo». Por supuesto, existen muchos modernistas que acusan a sus críticos de nacionalistas, de estar repitiendo los mismos esquemas que produjeron la reacción modernista en la primera mitad del siglo xx, de creer que las naciones son entes eternos y que las personas están «naturalmente» adscritas a ellos, de ser presas del «nacionalismo metodológico» de los intelectuales del xix.

Desde luego, la atribución de prejuicios es un recurso frecuente en los debates académicos y la valoración de su base real siempre es espinosa. A este respecto, cabría preguntarse por qué habría que mirar con recelo una historia de la Unión Soviética escrita por un militante de un partido comunista o una historia del cristianismo elaborada por un monje franciscano y no hacer lo mismo con esas historias cuando las escriben un declarado anticomunista y un manifiesto anticlerical respectivamente. Ciertamente, muchos nacionalistas se adscribirían a algunas posiciones aquí descritas, pero eso no puede ser óbice para convertir en tabú algunos ámbitos de debate. A lo largo de los epígrafes siguientes trataremos esos diversos espacios abiertos por la crítica al modernismo, algunos de reforma y otros de oposición imposible de reconciliar, pero todos ellos necesarios de considerar en cualquier posicionamiento informado al respecto, aunque solo sea para razonar su rechazo.

### III. PRIMORDIALISMO Y PERENNIALISMO

Pese a ser posiciones que en su versión clásica presentaban claros sesgos nacionalistas, los que creen que las naciones son entidades de existencia larga y origen premoderno (llegando incluso a asociarlo con la existencia de sociedades humanas) llevan tiempo desarrollando paradigmas alternativos con pretensión de aceptación científica, aunque con frecuencia han sido desdeñados y rechazados. En este epígrafe, trataremos los enfoques primordialista y (neo) perennialista, ambos «términos sombrilla» bajo los cuales se cobija una gran

variedad de posturas cohesionadas por su rechazo al modernismo. Considerar estas corrientes como el primer puntal de crítica junto al etnosimbolismo y el postmodernismo se ha convertido en el esquema más difundido (Smith, 1998: 145-169; 2004: 67-76; 2009: 8-13 y Özkirimli, 2010: 49-71), si bien hay algunos autores que lo simplifican (Harris, 2009) y otros que intentan proponer una articulación según criterios diferentes (Roger, 2001).

El primordialismo presenta planteamientos tan radicales para la sensibilidad actual que muchos historiadores y científicos sociales ni siquiera se molestan en analizar sus argumentos, cual herejía a erradicar a través del absoluto desprecio académico e institucional. Su premisa básica, tan difícil de aceptar para un historiador como de probar empíricamente, es que las naciones han existido desde las primeras sociedades porque son consustanciales a la condición humana y responden a una necesidad básica, atemporal en la práctica. Como el perennialismo, considera que hay que separar el nacionalismo y el propio concepto de nación de la existencia de comunidades nacionales. Para los primordialistas, las naciones como realidad general son recurrentes, transhistóricas e interculturales (no se dan solo en el mundo occidental).

El primordialismo sociobiológico tiene como principal representante la obra del sociólogo y antropólogo belga nacido en el Congo Pierre van den Berghe. Consiste en definir a la nación como una forma compleja y avanzada de algo mucho más básico que es el grupo étnico y la familia extensa. La clave está en considerar el motor de todo al instinto básico alojado en los genes de vivir en comunidades de parentesco y afinidad, primero parentesco biológico y después culturalmente elaborado. Así, la derivación de las naciones a partir de un sustrato biológico es la clave de su origen y la explicación de la cadena que va desde la familia hasta la nación. No se excluye ni la cultura ni el desarrollo del Estado, pero lo importante es esa predisposición genética.

El primordialismo cultural ha tenido algo más de predicamento. Está basado en la distinción que en 1963 hizo Clifford Geertz, basándose en una tipología de Edward Shils, entre las orientaciones de la acción «cívica» y «primordial». Este enfoque sostiene que existen ciertos contenidos culturales «ya dados» sobre los que el individuo no tiene ningún control, tales como su fenotipo, la etnia en la que nace o su lengua materna. Estos supuestos culturales de la existencia social son los mimbres en base a los que los individuos elaboran sus comunidades de significado en clave nacional, las cuales no pueden ser explicadas solo desde una perspectiva constructivista, pues la construcción en sí es posterior a la existencia de tales realidades culturales según la percepción de los propios individuos implicados (aunque efectivamente esos rasgos no sean primordiales, lo importante para esta corriente es que son percibidos como tales). Un caso muy claro es el de los nuevos Estados africanos y su dificultad

para romper los numerosos clivajes identitarios cuya fuerza y resistencia se asemeja más a las naciones que a las de los meros grupos étnicos.

Steven Grosby (2005) intentó aclarar este carácter primordial de los vínculos sociales sugiriendo que responden a la versión más cotidiana del instinto natural de conservación, según la cual la nación supondría la sublimación de dos formas de preservación y ensalzamiento de la vida como son el parentesco y la territorialidad, dos rasgos que se dan en otras especies que también se organizan en grupos amplios. Grosby ahonda en la consideración de comunidades nacionales premodernas varios milenios antes de nuestra era en base a factores aglutinadores como la ley, la jefatura imperial, la religión, la lengua o la guerra.

El caso de Israel es uno de los manejados por el autor anterior para argumentar la existencia de naciones en clave de continuidad y antigüedad. De igual forma lo hace Aviel Roshwald (2006), para quien incluso el nacionalismo existió en el mundo antiguo. Ciertamente admite diferencias entre lo moderno y lo premoderno, pero para él las comunidades nacionales existen desde que se asocia población, territorio y percepción de una identidad distintiva, lo cual estaría presente en la mayor parte de la historia de las civilizaciones con escritura.

Obviamente, estas posiciones están muy alejadas de las variantes dominantes del debate académico actual y no son aceptadas por la inmensa mayoría de los autores, no solo por sus problemas internos (los modernistas, especialmente los más instrumentalistas, las califican de esencialistas, ahistóricas y confusas en la interpretación de los datos empíricos) sino también por una imposibilidad creciente de sintonizar los lenguajes, lo cual hace difícilísimo el debate. Para Özkirimli (2010: 51), al primordialismo sociobiológico y cultural, descontando las variantes nacionalistas, se une el perennialismo, el cual él considera «una forma más suave de primordialismo», disintiendo de la clasificación «smithiana», que lo considera como corriente aparte.

El enfoque (neo)perennialista rechaza la creencia primordialista de que las naciones han existido siempre o que responden a una necesidad inherente a la condición humana, pero señala que algunas naciones tienen un origen muy anterior a la modernidad, que el concepto de nación que manejan los modernistas es demasiado restrictivo y que en todo caso el proceso debe entenderse en clave de *longue durée*<sup>4</sup>. En este enfoque, los orígenes etnoculturales de las naciones tienden a verse como un progreso más o menos lineal y acumulativo,

<sup>4</sup> El prefijo «neo-» se emplea a veces para separarse del perennialismo decimonónico, aunque para el criterio de Özkirimli sería redundante, puesto que se establece ya una separación previa con el «primordialismo nacionalista».

una conexión real que puede establecerse entre los judíos y armenios de hoy y los de hace decenas de siglos. Por supuesto, la mayoría de los perennialistas modernos no defienden que la nación judía cuya rebelión fue reprimida por el emperador Tito en el 70-73 d. C. sea exactamente la misma y presente las mismas características que la del siglo xx, pero ambos momentos responderían a dos episodios de un mismo desarrollo. Igualmente, los daneses del siglo xix no son los mismos que los vikingos «daneses» del siglo ix, pero para un perennialista la filiación sería innegable<sup>5</sup>.

La distinción entre lo que Smith llama «perennialismo recurrente» y primordialismo es bastante débil, además de que no es tan fácil encajar según qué autores en ciertas etiquetas (como el propio Roshwald o los mencionados Greenfeld y Hroch). No obstante, desde nuestro punto de vista, la diferenciación entre, por un lado, una visión de la nación producto de la acción humana dotada de historicidad y no de necesidad, y, por otro lado, otra visión basada en las tendencias consustanciales de la sociabilidad humana respecto a la grupalidad y la vivencia colectiva, nos parece operativa. Por lo tanto, en este artículo mantenemos la distinción entre perennialismo y primordialismo, si bien creemos que las taxonomías smithianas pueden caer en el sesgo de ordenar las teorías más en función de la conveniencia de la propuesta personal de Smith que del mejor entendimiento de las problemáticas de cada una.

La mayoría de los defensores del perennialismo se encuentran entre historiadores medievalistas y modernistas (dedicados a la Edad Moderna o *Early Modern History* para la historiografía anglosajona) que están muy insatisfechos con lo que la ortodoxia afirma de los periodos en los que son especialistas. Esto no quiere decir que no haya estudiosos de la Edad Antigua, Media o Moderna que nieguen la prolongación hacia atrás del fenómeno nacional los siglos, incluso milenios, que afirman el primordialismo y perennialismo y que, junto a la inmensa mayoría de los contemporaneístas, asuman la narrativa de las transformaciones de la modernidad como cambio significativo (véanse Özkirimli, 2010: 64-66; Geary, 2002). Sin embargo, según el paradigma modernista se iba formando, encontramos historiadores que señalaban que algunos principios de agrupación premodernos no pueden explicarse exclusivamente por identidades locales, personales o dinásticas. Por ejemplo, en Europa el «carácter nacional» de Inglaterra y Francia ya en la Edad Media ha sido defendido por autores como Hastings, Gillingham, Wormald o Beaune.

<sup>5</sup> No hay unanimidad a la hora de aceptar un nacionalismo premoderno entre los perennialistas. No así la existencia de algunas naciones en la Antigüedad y la idea de «largo recorrido», que también defiende Anthony Smith, quien no se incluye entre los perennialistas.

El autor perennialista más conocido es quizás el mencionado Adrian Hastings, bastante claro y explícito en la afirmación de realidades nacionales en la Edad Media. Este sacerdote realiza una dura crítica al modernismo y más concretamente a Hobsbawm en *The Construction of Nationhood: Ethnicity, Religion and Nationalism*. Hastings cree que el origen de Inglaterra como nación se halla en los siglos medievales y en la puesta por escrito de la lengua vernácula, proceso en el que la Biblia juega un papel fundamental. Para Hastings (2000: 11-51) existen naciones y nacionalismos medievales que no son muy diferentes a sus versiones modernas (algo que se le ha criticado mucho). De hecho, llega a afirmar que «solo se avanzará en la comprensión de las naciones y el nacionalismo cuando se abandone la idea de que existe un vínculo indisoluble entre estos y la modernización» (Hastings, 2000: 21). Para este autor aspectos como la etnicidad y la religión (más bien la imaginación religiosa) son el núcleo para la conformación de naciones, pese al fuerte rechazo que producen en la mayoría de los modernistas (en esta línea véase también O'Brien, 1988).

Vemos que el problema de las etiquetas no solo afecta al modernismo. Construir las naciones modernas sobre la continuidad de realidades étnicas previas es un tipo de perennialismo, peligrosamente parecido a lo que sostendrá la corriente que trataremos a continuación, el etnosimbolismo (nuevamente, el problema de las etiquetas). Así, desde que existen registros históricos, la comunidad étnica, asimilada a la nación premoderna, habría sido fundamental en la historia de la construcción de naciones, aunque con la modernidad se ponga al día y alcance los rasgos que le atribuyen los modernistas. Es el caso de Joshua Fishman y su defensa de la etnicidad-nacionalidad basada en el lenguaje en Europa del Este. Otros autores defienden un perennialismo basado en una consideración psicologicista de la etnicidad-nacionalidad, como Walker Connor (1994), quien acepta la modernidad de la nación solo en un sentido cronológico, pues esencialmente está unida con las etnias premodernas a través del hecho de que el vínculo social constitutivo está basado en elementos que van más allá de la racionalidad (el concepto de etnia será también clave en Smith).

Ni primordialismo ni perennialismo han conseguido plantear una crítica que haga tambalear los cimientos del modernismo ni le arrebatase un número significativo de adeptos en las historiografías «nacionales». Sin embargo, esto no significa que estos enfoques estén agotados como vía ni languidezcan en cuanto a publicaciones destacables. Al contrario, dos aportaciones recientes y a su manera originales demuestran que esta línea está bien viva y deseosa de terciar en los fundamentos del debate actual.

La primera de ellas proviene del historiador suizo Caspar Hirschi y sus estudios sobre los orígenes de la nación alemana. El autor sostiene que el surgimiento de la nación y el nacionalismo es el resultado de una contradicción de la cual nacerá una idea después expandida por el mundo. Esta contradic-

ción es la que se produce en Europa durante la Edad Media entre una cultura política imperial romana, concretizada en la estructura del Sacro Imperio Romano Germánico, y una realidad política fragmentada bajo esa cúpula aparente. El resultado es un frustrado intento de imposición universal en clave imperial, que, al fallar, acaba por desarrollar la idea de nación y el discurso nacionalista a través de dos motores: el honor nacional y la libertad nacional (Hirschi, 2012: 2). Basándose en estudios literarios y aprovechando sus conocimientos en humanismo renacentista alemán, Hirschi coloca al lenguaje en el centro de su teoría y defiende la existencia por parte de intelectuales de una conceptualización de la nación y el patriotismo ya definida mucho antes de la modernidad contemporánea. El autor afirma que el modernismo fundamenta su argumento de construcción elitaria y desde arriba de la nación en base a la ignorancia y al poco interés por lo que pensaban y sentían las masas, a las cuales se les ha adjudicado un papel pasivo e indiferente hasta su movilización con las revoluciones liberales.

A través del lenguaje se imagina y se construye la nación, y para Hirschi esto tuvo lugar en la Edad Media y el Renacimiento fundamentalmente en tres ámbitos: 1) en la transformación, dentro de la cultura cristiana, de la idea romana del ciudadano (una religión política descrita como patriotismo cívico) en una idea de implicación en la comunidad política sin participación real (que podría sustentar la existencia de un sentimiento nacional socializado antes de la modernización); 2) en la construcción de estereotipos nacionales a través de la literatura, especialmente la que más entraba en contacto con el «pueblo» como la poesía recitada o el teatro; 3) en la fijación práctica y masiva de lenguas nacionales, no tanto por la existencia de una homogeneidad interna (las diferencias entre los dialectos del alemán son enormes) como por contraste con otros grupos con los que unos hablantes determinados no se entendían y que los categorizaban juntos (los alemanes frente a los italianos). La definición de la nación es así externa, por contrastes básicos, interclasista, si se quiere, y como subproducto de la descomposición del mundo imperial romano y las transformaciones y contradicciones de la cristiandad medieval. Desde luego, el enfoque de Hirschi introduce algunas cosas poco comunes, como el uso recurrente de fuentes originales, y plantea desafíos al modernismo por vías que no está acostumbrado a contestar, pero también reviste algunas deficiencias; tales como explicar ese difusionismo de tintes eurocéntricos que defiende, el problema de la representatividad de las fuentes para «lo popular» o la aceptación de los motores de definición nacional que establece (competencia por el honor y la libertad nacionales).

La segunda de las aportaciones es, por su rango de cobertura más amplio, más susceptible de polémica y acusaciones de «radicalismo esencialista». Esta obra podría calificarse de eminentemente primordialista, pese a algunos de sus

pasajes (de hecho, quizá sea este un ejemplo de lo señalado por Özkirimli sobre la inexistencia de una diferencia esencial entre primordialismo y perennialismo). Procede del politólogo israelí y experto en temas militares y de seguridad Azar Gat (2013), y se trata de un estudio sobre los orígenes y evolución de las naciones desde los primeros momentos de la historia humana hasta la modernidad.

Básicamente, la visión que tiene Gat (2013: 3) del nacionalismo es que es «una forma particular de un fenómeno más amplio, el de la etnicidad política; y la etnicidad siempre ha sido altamente política, desde la emergencia del Estado e incluso antes». Así, la unión entre las naciones modernas y las antiguas (asimiladas a grupos étnicos desarrollados asociados a una estructura política o a varias) converge en un concepto particular de etnicidad, formado a partir de la convergencia del parentesco y de la cultura. Gat reconoce el carácter histórico de las naciones y el enorme impulso que experimentan con la modernidad, pero para él las naciones existen desde que ciertas comunidades de parentesco en sentido amplio (*kinship*) alcanzaron estatus etnopolítico (relación estrecha entre una etnia y una estructura política), y esto se produjo en algunos sitios muchos milenios antes de la pretendida «modernidad occidental» (Gat habla para Europa de la Edad Media). En esta asociación es esencial la vinculación de las masas, que en lugar de testigos son más bien partícipes en la construcción de este vínculo político, sensibilizadas como estaban a través de la lengua, las ideas y cultos religiosos, así como la literatura oral.

Además, para Gat la diversidad cultural no debe ocultar que gran parte de los Estados premodernos estaban controlados por una etnia principal (*ethnic core*) y que incluso dentro de los imperios «multiétnicos» solía haber claras jerarquías que trascienden la mera diferencia cultural y pasan al campo de la etnopolítica. Gat introduce el concepto de pueblo como punto intermedio entre el grupo etnopolítico y la nación, señalando la autoconciencia como rasgo distintivo. A este pueblo solo le falta la soberanía política para convertirse en nación moderna, especialmente si se constituye en Estado nacional. Muchas veces esto se hace tras procesos de carácter colectivo más largos, por lo que comprimir esa historia y enlazarla con una etiqueta de «prenacional» parece una simplificación inaceptable (Gat, 2013: 1-26, 128-131 y 241-243). El libro de Gat es ambicioso y sugerente, ilumina algunas relaciones que muchos críticos del modernismo intuían desde hacía tiempo, pero también plantea dudas, como la entidad epistémica de la comunidad etnopolítica o la transición entre ella, el pueblo y la nación. Si bien su delimitación conceptual puede parecer convincente desde su paradigma teórico, luego tiende a usar el calificativo de «nacional» para realidades que parecen ser más bien «etnopolíticas» o «populares» según su propia conceptualización, por lo que a veces en la práctica no parece estar muy clara la diferencia entre nación y grupo etnopolítico sin caer en contradicciones.

#### IV. ETNOSIMBOLISMO

El etnosimbolismo se presenta como una suerte de camino intermedio entre el modernismo y los enfoques anteriores. De hecho, de todos los cuestionamientos a la ortodoxia modernista es el que parece presentar más solvencia y atractivo de cara a plantear una verdadera alternativa al modernismo tanto en las ciencias sociales como en la historiografía. Además, gracias a su carácter de compromiso, de todos sus críticos es el que está en mejor posición para dialogar con el modernismo e introducirse en el debate actual. Su mayor exponente es Anthony Smith, antiguo discípulo de Gellner en la London School of Economics, y autor de las principales obras de reflexión teórica en este campo. Su aportación puede exponerse en dos grandes partes: una presentación de sus fundamentos y principales postulados, por un lado, y un desarrollo más extenso de qué visión tiene sobre los orígenes de las naciones y el nacionalismo, por otro.

Según Smith (2009: 13-14), el etnosimbolismo parte de algunos puntos en común con la mayoría de los modernistas, a los cuales añade sus críticas y propuestas alternativas. Estos rasgos en común son: a) las naciones son comunidades sociológicas reales, no meros inventos o cogniciones equívocas; b) las naciones son comunidades de acción dotadas de sentido y dinamismo; c) las naciones son comunidades históricas que deben entenderse, por tanto, desde sus contextos históricos y geoculturales específicos. Sin embargo, los desacuerdos comienzan pronto y llegan hasta los distintos pilares del enfoque etnosimbólico. Estos puntos centrales son:

1. La creencia de que la mejor forma de llegar a la profundidad y complejidad del fenómeno (lo que Smith llama *the inner world*) es otorgando mayor importancia a los recursos simbólicos, todos aquellos elementos culturales que representan y definen subjetiva e idealmente la identidad nacional y la propia comunidad nacional en sí, sin negar, por supuesto, la importancia de los factores materiales.
2. La negación de que las naciones son fenómenos exclusivamente modernos. Más bien, se sostiene que muchas naciones hunden sus raíces en épocas de la historia muy anteriores a la modernidad, por lo que es necesario adoptar un enfoque cronológico de larga duración. Por lo tanto, en este aspecto los etnosimbolistas se aproximarían a los perennialistas, aunque la existencia de naciones antiguas y medievales es controversial, por lo que para varios casos se prefiere hablar de la existencia de «antecedentes», no de la nación en sí, con el objeto de evitar el llamado «nacionalismo restrospectivo».

3. La concesión de un papel central al concepto de etnia y etnicidad (Smith utiliza la transliteración de los conceptos griegos *ethnos* en singular y *ethne* en plural)<sup>6</sup>. El autor establece una relación entre naciones y grupos étnicos, sustanciada, a nivel teórico, en que su funcionamiento proporciona las claves para entender aspectos fundamentales de la nación y el nacionalismo, como su capacidad para anclarse en las emociones de las personas y, a nivel histórico, por los numerosos casos en los que las naciones se han construido a partir de la etnicidad.
4. Rechazo de la visión modernista de construcción nacional elitista y «desde arriba» (*top-down*) y defensa de un enfoque más colectivo, que preste atención a las dinámicas «desde abajo», a las experiencias cotidianas y a las instituciones más próximas a la mayoría de las personas, aunque tampoco desarrolla esto mucho más. Smith utiliza el tropo de que puede que sean las élites la principal fuente de los discursos y acciones nacionalizadoras, pero sus esfuerzos serían incapaces de atraer a nadie si su formulación y contenidos no sintonizaran con unas condiciones determinadas; si no tocaran «el acorde adecuado» para establecer esas relaciones, aprovechando esa predisposición o sensibilidad cuyo origen no se puede encontrar en las élites.
5. Desafío a la idea modernista de que la nación emerge con los procesos de modernización. Para los etnosimbolistas, esa discontinuidad no existe. Más bien, cada proceso de construcción nacional es independiente y depende mucho más de los conflictos internos y externos que cada caso presenta, relacionados con la modernización o no, así como de las reinterpretaciones y reelaboraciones culturales que se pueda hacer de ellos. Con todo, el etnosimbolismo no niega la importancia de la modernización en los procesos de construcción nacional, pero la cuestiona como salida omnicompreensiva y la disocia de los orígenes de todas las naciones.

Estos son los cinco rasgos fundamentales del etnosimbolismo según Smith (2009: 13-21) que se hallan en la base de la mayoría de las aproximaciones prácticas. Dicho esto, profundizaremos más en cómo trata el etnosimbolismo

---

<sup>6</sup> En ciertas épocas y todavía en algunos autores, los conceptos de etnia y etnicidad se asociaban al de «raza», en un sentido racista o meramente fenotípico (y en las épocas más «nacionalistas», directamente con la nación; *v. gr.* «La raza francesa»). En este trabajo tomaremos para etnia la definición académica influida por el etnosimbolismo, mucho más amplia y referente a las diferencias culturales en general y en la que el fenotipo es solo un factor.

la cuestión de los orígenes de las naciones y del nacionalismo. Pero antes, consideramos necesario recoger las definiciones que Smith atribuye a sus conceptos clave, que son el resultado de una confluencia entre el desarrollo teórico de los elementos anteriores y el intento de llevar a la práctica la teoría. Traducidos de su versión más reciente son:

1. *Ethnos*. Una comunidad humana con un nombre propio y autoconsciente, cuyos miembros poseen un mito de ascendencia común, memorias compartidas, uno o más elementos de cultura común, incluyendo la asociación con un territorio, y un cierto grado de solidaridad, al menos entre los estratos superiores (Smith, 2009: 27).
2. Nación. Una comunidad humana con nombre propio y autoconsciente, cuyos miembros cultivan memorias, símbolos, mitos, tradiciones y valores compartidos, habitan y están ligados a territorios históricos o «patrias», crean y difunden una cultura pública distintiva y observan unas costumbres comunes y unas leyes estandarizadas (Smith, 2009: 29).
3. Identidad nacional. La continua reproducción y reinterpretación del patrón de valores, símbolos, memorias, mitos y tradiciones que componen el patrimonio distintivo de las naciones, y la identificación de los individuos con ese patrimonio o herencia, así como con sus elementos culturales (Smith, 2009: 109).
4. Nacionalismo. Movimiento ideológico, político y/o social que, en nombre de una población, algunos de cuyos miembros creen que constituyen una nación, real o potencial, busca alcanzar y/o mantener para esa nación un estatus definido por los principios de autonomía, unidad, identidad, autenticidad, patriotismo, dignidad, continuidad y destino propio. El nacionalismo, dotado de un lenguaje específico, conlleva una cosmovisión o «núcleo doctrinal» basado en seis premisas: la humanidad está dividida en naciones, cada una con su propio carácter, historia y misión; la nación es la única fuente de poder político en última instancia; la lealtad a la nación está por encima de otras lealtades; para ser libres, los seres humanos deben pertenecer a una nación; las naciones requieren el máximo de autonomía y autoexpresión; y la paz y la justicia globales solo pueden construirse sobre la base de una pluralidad de naciones libres (Smith, 2009: 61-63).

Para Smith (2009: 44), explicar los orígenes de las naciones requiere remontarse a los procesos de etnogénesis, pues para este autor la mayoría de las naciones han sido creadas en base a *ethne* preexistentes, hasta el punto de abrir la posibilidad a la existencia de naciones premodernas en algunos casos (lo que sí está claro es que la presunción de modernidad en el término nación

se rompe y «moderno» se convierte en adjetivo posible pero no necesario). Estos procesos parten de la conformación de un núcleo étnico a través de la conjunción y definición variable y contingente de los distintos elementos que aparecen en la definición anteriormente expuesta, poniendo especial énfasis en el cultivo simbólico y la aparición de grupos sociales dedicados a ello (nótese que en ningún momento aparece el concepto de invención sino más bien el de reestructuración o de reelaboración, tampoco exento de problemas).

Para Smith, la madurez de la etnogénesis es muy variable y relativamente inestable, como lo demuestran los numerosos casos de desaparición, fusión o asimilación de los grupos étnicos, por ejemplo cuando algunas tribus germánicas de la Antigüedad y Alta Edad Media se mezclaban con otras formando una nueva tribu o absorbiendo la una a la otra (véase McNeill, 1986)<sup>7</sup>. Además, no solo existen diferencias cuantitativas en el proceso de maduración étnica desde formas de agrupamiento más simples sino que también las hay cualitativas, como la que distingue Smith entre etnias laterales o «aristocráticas» (donde priman los vínculos horizontales, con poca profundidad social y tendencia a la formación de castas elitarias) y etnias verticales o «demóticas», mucho más cohesionadas, cerradas e identificadas con un territorio (Smith, 2009: 53-54).

A partir de aquí, que uno o más *ethne* acaben derivando en una nación depende de la puesta en marcha (en ningún momento predeterminada) de otros procesos políticos y sociales, dirigidos a la maduración de los elementos distintivos incluidos en la definición de nación antes formulada. Sin embargo, no solo es importante el qué sino también el cómo y Smith distingue vías diferentes de formación nacional, que luego serán determinantes para el rumbo, estructura, puntos fuertes y débiles de la nación correspondiente. El primero es el de «incorporación burocrática»: miembros de etnias laterales establecen Estados con una etnia dominante que va incorporando a otras etnias (horizontal y verticalmente), conformando la nación en base a ese marco estatal. El segundo es el de «movilización vernacular», donde ciertas élites intelectuales descontentas ponen en marcha una mayor cantidad de recursos culturales con

<sup>7</sup> La diversidad étnica es para la mayoría de los autores una tónica en el mundo anterior a la imposición del principio de homogeneidad, diversidad (que no armonía ni igualdad) con la que los imperios y las monarquías tenían que lidiar. Si todas las etnias de un momento determinado se hubieran convertido en naciones hoy habría miles de Estados, por lo que la existencia de una etnia (que ya de por sí es bastante subjetiva) en ningún momento determina que necesariamente tuviera que acabar convertida en nación y, desde luego, hay muchas naciones (de hecho, la mayoría) que podrían clasificarse como compuestas por varias *ethne*.

el objetivo de fortalecer o mejorar la situación de su etnia demótica, resultando la creación de la nación.

Así, Smith no niega ni el papel de las élites ni el de las instituciones ni el de los intelectuales, pero no acepta la idea de estos como los «inventores de naciones» en exclusiva, pues para tener éxito es necesario que haya elementos previos. Esos elementos vienen aportados por los orígenes étnicos de la nación y constituyen la predisposición que hace a la población sensible (pero no predeterminada) a su reelaboración simbólica en clave nacional (de ahí el término, etnosimbolismo). A partir de ellos, los intelectuales y las élites (estatales o no) elaboran lo que Smith llama «recursos simbólicos de la nación» con los que el vínculo nacional se acaba de definir en un proceso más bien largo y desde luego no libre de problemas, resistencias y reacciones.

Aparte de la sublimación de la lengua y otras realidades culturales de procedencias étnicas, dichos recursos nacionales son la elaboración, nunca *ex nihilo* y siempre a partir de algunos o muchos elementos preexistentes, de: 1) mitos ancestrales, de creación o de fundación étnico-genealógica; 2) mitos de elección, la definición de un pueblo a través del favor o designación de una instancia superior, bien en forma de pacto o de asignación de una misión histórica; 3) la santificación del territorio, la conformación de patrias y suelos sagrados, y la maduración plena del «etno-paisaje», la tendencia de un *ethnos* a asociarse a un territorio; 4) la elaboración y socialización de conciencias de «edades doradas» y épocas prístinas de esplendor, epítome de los logros de la propia nación y referencia en tiempos de decadencia; y 5) el ideal de un destino nacional a través del sacrificio y el heroísmo catártico de la propia nación.

Aquí entra en juego el nacionalismo, que sí tiende a verse como más propio de la modernidad y cuyo sentido es aquilatar el proceso, redirigirlo o abortarlo para crear otro. Así, Smith (véase 2009: 61-104) define al nacionalismo como una combinación de «arqueología política» en tanto que ofrece la forma más madura y ordenada de esos recursos simbólicos nacionales, y a la vez «religión política» porque esa es la mejor manera de conceptualizar la naturaleza del vínculo identitario, de la fuerza de movilización y de la perduración de la reproducción social de la propia nación en sí, basada en los anclajes étnicos, locales y subjetivos.

Armado con estos instrumentos, Smith se atreve a proponer una historia alternativa de la construcción de las naciones, de acuerdo a los diferentes criterios y procesos expuestos y que desde luego siempre convive con los numerosos casos de estructuras multiétnicas y plurinacionales existentes hasta el siglo xx. En origen, la humanidad estaba formada por grupos étnicos de diversa categoría. En el mundo antiguo, muchas de esas comunidades étnicas hallaron una articulación política en forma de Estado étnico. En algunos casos muy concretos, la fuerte relación entre el Estado y la etnia dominante y el

desarrollo de los rasgos recogidos en su definición de nación le llevan a Smith a considerar la existencia de naciones antiguas (caso del Antiguo Egipto). Esta categoría sería compartida por algunas comunidades carentes de Estado o con Estado débil, como los armenios o los judíos, que muestran procesos de formación nacional muy tempranos, basados fundamentalmente en la religión. En la Edad Media, el desarrollo de algunas etnias laterales llevó a la formación de naciones dinásticas (Inglaterra, Francia, Dinamarca...) asociadas a un fortalecimiento estatal, y de naciones patricias, menos centralizadas y con mayores elementos de etnicidad demótica, pero igualmente embrionarias en cuanto a implicación popular (como los suizos o los neerlandeses). Smith reconoce que calificar a un Estado étnico o dinástico de nacional es un asunto delicado y los presenta como verdaderas excepciones (quizás excepto Japón y Persia, el resto tenía dentro demasiada diversidad étnica para percibir rasgos nacionales). La modernidad correspondería con la tercera fase de la historia de Smith, a partir de lo que él llama «naciones nacionalistas revolucionarias», que acabarán concretándose en un «nacionalismo de clase media» y un «nacionalismo de masas», más extendido en el siglo xx (Smith, 2004: 135-141).

La enorme importancia de Anthony Smith y su influencia en los *Nations and Nationalism Studies* atrae la atención de cualquier reseña sobre el etnosimbolismo hacia su obra, pero él no es el único etnosimbolista, toda vez que se señala a John Armstrong (1982) como «el gran precursor» y que, según indica Özkirimli (2010: 165), autores como Kaufmann, Uzelac o Zimmer se alinean con las líneas maestras tan a menudo expuestas por Smith. Ya en 1987, John Hutchinson publicaba una obra sobre el nacionalismo irlandés en la que señalaba la necesidad de considerar algunos elementos premodernos para su comprensión, si bien el libro está centrado sobre todo en el largo siglo xix. Para Özkirimli (2010: 165), Hutchinson (2005) «es probablemente el único teórico que ha intentado reformular la posición etnosimbolista a la luz de los desarrollos recientes». Ciertamente, la idea de «naciones como zonas de conflicto» es atractiva. En ella la nación es un ente dinámico con numerosos clivajes internos, un campo de batalla continuamente tensionado por «guerras culturales» producidas por la continua adaptación de la nación, desde sus bases étnicas hasta los desafíos de la globalización. Como veremos, esta posición es muy compatible con las nuevas corrientes del epígrafe siguiente, lo cual demuestra el carácter difuso de ciertas fronteras ente corrientes y la tendencia al eclecticismo observable también en otros autores.

El etnosimbolismo presenta muchas ventajas como reacción al modernismo, pues permite integrar gran parte de su producción y a la vez satisface a aquellos que defienden la necesidad de atender también a épocas premodernas en el estudio de las naciones y el nacionalismo. Sin embargo, no está exento de fuertes críticas (Özkirimli, 2003; un repaso general y su respuesta

en Smith, 2009: 105-131). Entre ellas destacan su excesivo celo por los factores culturales, acusaciones de idealismo, de oculta simpatía por los propios fenómenos nacionales y de esencialización y cristalización de las naciones, de indefinición entre etnia y nación y de incapacidad para explicar las dinámicas del mundo contemporáneo, proyectando la nación peligrosamente hacia el pasado a través del concepto de «etnia» y no reconociendo suficientemente las diferencias cualitativas y cuantitativas de los últimos siglos respecto a los mundos premodernos.

## V. NUEVAS PERSPECTIVAS, NUEVOS ENFOQUES

Con independencia de la evolución actual del modernismo, el primordialismo, el perennialismo y el etnosimbolismo, desde finales de los años ochenta del siglo xx, en cierta coincidencia con la llamada «crisis de la historiografía», se ha producido una serie de aportaciones que permiten a muchos autores pensar que actualmente estamos en una etapa diferente de aquella en la que se conformó la hegemonía del modernismo clásico (Özkişimli, 2010: 169). De ahí que se hable de «nuevos enfoques», alimentados por el contexto socio-intelectual de la postmodernidad y la renovación de las ciencias sociales más allá de paradigmas estructuralistas<sup>8</sup>. No convendría reducir la naturaleza de estos nuevos enfoques únicamente a lo postmoderno, ni tampoco negar la influencia de algunas corrientes y autores más «tradicionales», como Hobsbawm o Anthony Smith.

Podríamos resolver una rápida caracterización de los mismos señalando que sus autores niegan la existencia real de las naciones, reduciéndolas a un engaño lingüístico, unas sombras de artificio producidas a última hora en la historia por diferentes discursos que ocultan la defensa de intereses concretos, y que se ven a sí mismos en un mundo postnacional en el que el nacionalismo es una anacronía, una obsesión vulgar ajena a la sofisticada intelectualidad que debería dirigirse hacia cosas realmente importantes. De esta forma, podríamos crear una nueva etiqueta («postmodernismo» esta vez), que vendría a expresar una versión extrema, hipercrítica, cuasinihilista, del modernismo.

Una descripción de estas características sería una caricatura tan solo remotamente válida en las versiones más simples y radicales. En realidad, nos encontramos ante una enorme diversidad que ha llevado a los debates sobre nación y nacionalismo a una complejidad multidimensional en la que es fácil

<sup>8</sup> Obviamente, esto no significa que las corrientes anteriores hayan dejado de producir obras «nuevas» o puedan aportar «nuevas» ideas al debate.

perderse. Es verdad que existen elementos comunes a la mayoría de aportaciones discordantes tanto con el modernismo clásico, al que ven demasiado limitado por el constructivismo elitario, como con el primordialismo-perennialismo, para muchos una racionalización de la realidad nacional que tiene el efecto de apuntalarla más que de conocerla mejor, y con el etnosimbolismo, algo menos sospechoso de sumergirse en las naciones de las que habla pero igualmente tendente a «etnificar» el pasado y ver identidades étnico-nacionales por todas partes.

Entre estos rasgos, que por generales son seguramente debatibles, podemos señalar la problematización explícita de los propios marcos y objetos de análisis, la incorporación desde perspectivas culturales de los condicionamientos del observador (a veces más influido por lo nacional de lo que admite), el carácter fluido de los fenómenos sociales y de sus representaciones (entre ellas la nacional), y la necesidad, ya proclamada por otros autores, de prestar más atención al punto de vista «desde abajo» en la construcción de la nación (*bottom-up approach, nationhood from below*). Abundan las ideas de dinamismo, multiplicidad, de buscar lo alternativo. Para la mayoría de los nuevos autores, la historiografía y las ciencias sociales se han estancado en un debate estéril sobre la antigüedad de las naciones y el estudio acrítico de los discursos nacionales, descuidando otros temas y espacios de acción de los fenómenos nacionales. Ahora no hay tanta preocupación por encontrar «grandes teorías» y «metanarrativas» que lo expliquen todo, por hallar «los orígenes» de tal o cual nación, o por discutir cuándo podemos dar un proceso de construcción nacional «por acabado». Dado que el *nation-building* es más bien una continua (re)creación y actualización tensionada que no puede separarse de los individuos que le dan sentido, datar el comienzo o certificar «el éxito» no parece tan importante como estudiar el proceso en sí y sus implicaciones en las sociedades en las que tiene lugar.

Para este tema, la síntesis de referencia es Özkirimli (2005; 2010: 169 y ss.). Ejemplos de la dificultad de estos nuevos enfoques para colocarse en una posición central no solo se encuentran en que la mayoría de la historiografía no acaba de abandonar el modernismo clásico, sino también en la todavía tímida incorporación de sus aportaciones a obras más generales sobre el tema, como la de Harris (2009) o la de Coackley (2012).

Dicho esto, existen varias formas de ordenar expositivamente estas nuevas corrientes. Nosotros optaremos por distinguir tres grupos, que como ya se puede intuir no son compartimentos estancos. Primero, aquellas propuestas resultado de la intersección de los estudios sobre nación y nacionalismo con otras grandes áreas de reflexión crítica ya definidas, como pueden ser el pensamiento postcolonial o el feminismo. Segundo, las que intentan una alternativa más o menos sistémica en base a la incorporación más explícita de

los presupuestos de la postmodernidad, del giro lingüístico y de las teorías del discurso (por ejemplo, de la obra de Foucault). Tercero, las que proponen desde una posición menos radicalmente deconstructivista alternativas de alcance medio pero de pretendida gran aplicabilidad analítica, como pueden ser el «nacionalismo banal» de Billig o la «amistad social» de Yack.

El pensamiento postcolonial y la inspiración de los estudios subalternos, como una parte especialmente dinámica de la llamada «teoría crítica», plantean diferentes versiones e intereses respecto a la cuestión del nacionalismo. La aspiración general es desarrollar una forma de comprenderlo libre de los marcos cognitivos occidentales, de corte difusionista y civilizacionista. Para Partha Chatterjee (1986) es necesaria una narrativa específica para la construcción nacional en el mundo postcolonial (él usa el ejemplo indio), dividida entre un «momento de partida» en el que se toma conciencia de la diferencia entre Occidente y el resto, un «momento de maniobra», en el que se intenta modelar una salida nacional autónoma (coincidente con la descolonización) y un «momento de llegada», en el que la nación descolonizada busca afirmarse como tal desde sus propias formas de racionalidad, formas que pueden o no mantener pervivencias del mundo colonial a través precisamente de las élites nacionalistas. Posteriormente, este autor indio profundizaría su defensa de la existencia de formas autóctonas de nacionalismo en Asia y África que no son una mera difusión del pensamiento occidental (Chatterjee, 1993). Otro gran pensador postcolonial es Homi Bhabha (1990), quien también ha hecho aportaciones a la crítica al concepto tradicional de nación, señalando, como los miembros del segundo grupo, que en realidad es una «narración ambivalente», que representa realidades pero a la vez contribuye a crearlas.

Por otra parte, algunas pensadoras feministas también han acabado reflexionando sobre la cuestión nacional, denunciando las perspectivas exclusivamente masculinas sobre el tema (Özkirimli, 2010: 175-182). Para Floya Anthias y Nira Yuval-Davis (1989) la clave está en identificar las formas de participación de las mujeres en los procesos de construcción nacional, lo cual permitirá superar las problematizaciones de la ciudadanía y del Estado que no tienen en cuenta la variable nacional. De esta forma, las mujeres se implican en la creación de naciones a través de su papel como reproductoras biológicas de la colectividad, como reproductoras de los límites grupales o «guardianas» de los mismos, como portadoras y transmisoras de la esencia de los grupos étnico-nacionales, como símbolos de la colectividad nacional en su conjunto y como participantes activos en las diferentes dimensiones de los procesos de construcción nacional. Yuval-Davis (1997) llama la atención sobre el importante papel que juegan las relaciones de género en las diferentes dimensiones de los proyectos nacionales y la necesidad de combatir la «ceguera de género» que ha imperado en la mayoría de los estudios sobre nación y nacionalismo.

Existe otro grupo de aportaciones más directamente influidas por el post-modernismo, la filosofía del lenguaje y los estudios sobre el discurso, las cuales señalan la enorme capacidad de las palabras para otorgar carta de naturaleza a lo que representan. Como indica Rogers Brubaker (2004), existe en las obras tradicionales una enorme tendencia al lenguaje del «grupismo», esto es, a hablar de los sujetos colectivos como si fueran tales solo por mencionarlos, como si su existencia fuera el punto de partida, dando por hecho su entidad ontológica y, como resultado de ello, reificando el significado de una categoría de origen intelectual y no empírico. La realidad colectiva es mucho más compleja y variable que las categorías grupales, cerradas y estáticas, que utilizamos para analizarla (sean «los ingleses», «los tutsis» o «los árabes»). Es por eso que él propone huir del sesgo grupalizante que nuestro lenguaje analítico ha asumido del lenguaje cotidiano, de tal forma que se trate la identidad, étnica, racial o nacional, como un acontecimiento, como «algo que pasa», no «algo que es». En última instancia, se trata de tomar conciencia de que los filtros cognitivos que dan forma a la realidad percibida pueden sesgar nuestros resultados, y de hecho lo hacen con frecuencia en este tema. Las enormes dificultades de salvar este sesgo cognitivo y mantener una tensión conceptual libre del *groupism* que denuncia Brubaker se puede comprobar en su propio intento de aplicación a un caso práctico (Brubaker *et al.*, 2006).

Por su parte, Craig Calhoun (1997 y 2007) ha profundizado en la dimensión lingüística del problema y ha propuesto una forma de evitar la temida reificación, definiendo al nacionalismo como «una formación discursiva». Así, lo que decimos y oímos sobre la nación da forma a nuestra conciencia e identidad nacional. Para Calhoun, lo que convierte la solidaridad colectiva genérica en una nación es precisamente el contenido de los discursos nacionales, que se engranan a través de una «sensación de familiaridad» wittgensteiniana desde el punto de vista de los individuos que les dan vida. Fuera de estos discursos nacionales, emitidos y recibidos por los individuos en un continuo proceso, no existiría la nación, pues es la práctica política del discurso nacional lo que cristaliza la conformación de vínculos intersubjetivos de acuerdo a un sentido nacional definido y desplegado por esos mismos discursos.

El propio Umut Özkirimli (2010: 205-217) elabora su propuesta en base a esta vía de «nacionalismo como discurso», un discurso estructurante de la realidad que explica, «que tiende a establecer su hegemonía y a naturalizarse a sí mismo» y que se distingue de cualquier otro discurso en los contenidos de sus reclamaciones. Para el politólogo turco, estos contenidos son: identitarios (establecimiento de un «nosotros» político), temporales (conexión con el pasado) y espaciales (reclamación de un territorio como «propio»). La naturaleza de este discurso es contingente, continua, plural y heterogénea, dando lugar a combates entre los diferentes discursos nacionales que buscan el estableci-

miento de su cosmovisión como «la realidad». De esa forma, el conflicto nacional se plantea en una intersección entre el poder, la sociedad y los diversos discursos nacionales. Estas vicisitudes, sus modalidades e interacciones deben ser nuestro objeto de estudio preferente como procesos históricos verdaderamente significativos.

Como se ve, las concepciones dinámicas de estos nuevos enfoques inciden particularmente en los estudios de los procesos intermedios, de la reproducción del fenómeno nacional, que habían quedado oscurecidos por el debate sobre los orígenes de la nación. Probablemente, la teoría de Michael Billig (1995) y su «nacionalismo banal» haya sido la propuesta más influyente y extendida en los últimos años al respecto. Además, podría ser el ejemplo perfecto de lo que llamamos ideas de alcance medio, mucho más operativas que las grandes teorías del pasado, pero lo suficientemente abstractas como para superar la mera descripción anecdótica de uno u otro caso.

Para este psicólogo social, el nacionalismo no es solo una historia de exacerbación, exceso y egoísmo agresivo. No es solo el nacionalsocialismo alemán o la desintegración de Yugoslavia. En realidad, la dimensión del nacionalismo más común y extendida es la impregnación que la nación ha conseguido tener en las vidas cotidianas de las personas en su forma de vivir y de pensar. Es también el juramento a la bandera en las escuelas estadounidenses o las agrupaciones «nacionales» en las competiciones deportivas. Volviéndose intrínseco a la vida diaria y naturalizado en los marcos cognitivos y las prácticas sociales, el referente nacional se ve como «lo normal», lo no problemático. De ahí esa idea de «banalidad», de imbricación casi subconsciente de la nación, que va desde el sistema político a aspectos tan aparentemente ajenos al nacionalismo como el mapa del tiempo o los usos conversacionales. De esta forma, la rutinización de la nación produce una actualización continua que recuerda a los individuos cada día «de dónde son», modelando continuamente en hormas nacionales su identidad social como un «nosotros» que no se cuestiona. En esta misma línea de nación y cotidianeidad, es necesario mencionar otra obra destacada como es la de Edensor (2002).

Creemos que el nacionalismo banal es la actualización del debate tradicional que más recepción ha tenido en los historiadores modernistas, los cuales aún hoy conforman la mayor parte de la profesión dedicada al estudio de las naciones y del nacionalismo. Las críticas son numerosas, como la pomposidad conceptual, que crea un nuevo término para cosas que son simplemente identidad nacional, la tendencia a sobrestimar su influencia y ver la nación como algo ubicuo. Pese a ello, el tratamiento explícito de la búsqueda de las experiencias cotidianas y las naturalizaciones, de los referentes nacionales que «se dan por hechos» le ha proporcionado un considerable impacto, pese a que no logra resolver gran parte de los problemas que plantea. Si a esto sumamos el auge del giro cultural y la recuperación de los enfoques «desde abajo» y «populares», se

aprecia una vía de renovación que ha conseguido sobrevivir a la desintegración postmoderna y que ya está dando lugar a publicaciones dirigidas a la difícilísima exploración de campos hasta ahora incultos por la gran importancia que se le había dado a la arena estatal, sobre la que disponemos de muchas más fuentes. Un ejemplo de esto puede encontrarse en Ginderachter y Beyen (2012).

El problema de la reproducción no ha sido el único objeto de reflexión con la intención de superar el señalado «estancamiento» del debate tradicional. El filósofo político Bernard Yack ha realizado una revisión a la propia naturaleza de la idea de nación y su desarrollo. En este caso la dinamización viene de una ampliación conceptual, más que temática o metodológica. Para Yack (2012: 70), la nación es «una comunidad categórica en la que el compartir una herencia cultural, singular y contingente, inspira a los individuos a imaginarse a ellos mismos conectados entre sí —y con ciertos territorios— a través del tiempo por lazos de preocupación y lealtad mutuos». La comunidad se halla trabada así por lo que el autor llama «amistad social», que no es la solidaridad ni la identidad colectiva, sino las «relaciones de preocupación y lealtad recíprocas» que proceden de lo sentido como «herencia cultural» (Yack, 2012: x). El *nation-building* es para Yack un proceso continuo y sin fin por el que esa herencia se define.

De esta forma, Yack desplaza el concepto de nación de la política a la moral y su práctica social, incidiendo en la idea de *sharing* («el compartir», sobre todo en su modalidad percibida), y coincidiendo con muchos etnosimbolistas en distinguir un nacionalismo moderno de la existencia de naciones premodernas. Lo característico de la modernidad es que imbuye al sentido de comunidad de la nación la idea de soberanía popular, lo cual aumenta exponencialmente su capacidad de atracción pero también la potencialidad conflictiva de ensamblar de esa forma territorio, comunidad y soberanía. La aplicabilidad historiográfica de esta idea de la «amistad social» parece, al menos de momento, mucho menor que la del nacionalismo banal (cierto es que tiene menos rodaje). Con todo, la aportación de Yack (2012: 79-83) no deja de añadir interesantes matices al manejo conceptual de la nación y sus contenidos, como el hecho de definir la creación de naciones como el filtrado de los artefactos culturales legados para la conformación de una herencia cultural intergeneracional que sea fuente de esa amistad social, lo cual no es ni invención sin condicionantes previos ni simplemente una exhumación selectiva de algo ya terminado.

## VI. CONSIDERACIONES FINALES

Como ya hemos indicado, el crecimiento de las teorías y visiones generales sobre nación y nacionalismo ha llegado a un grado de saturación que casi

iguala a las publicaciones sobre casos concretos, la mayoría de ellas realizadas desde el punto de vista modernista. Todas las etiquetas usadas en este artículo son categorías útiles de manejo intelectual, no corsés inamovibles. Muchos autores, incluso los aquí citados, elaboran su pensamiento a partir de diversos elementos y tienen puntos de contacto con otros que pueden haberse clasificado en otro grupo. La atención debería centrarse más en sus propuestas específicas que en el grupo que le asignamos, lo cual es necesario para evitar la fragmentación y mantener una cierta coherencia al dibujar este panorama general.

De hecho, el eclecticismo entre algunas de las cuatro corrientes «tradicionales» y partes de lo que se ha dado en llamar «nuevos enfoques» está siendo la vía por la que más se está avanzando en los estudios. Desde el punto de vista de un historiador, creemos que una aplicación abierta y no radical del etnosimbolismo y las «nuevas corrientes» podría dar lugar a debates enriquecedores para los estudios históricos dominados por el modernismo.

Por supuesto, todavía queda mucho por hacer, incluso a nivel teórico: explorar la utilidad de diferenciar nación, nacionalismo e identidad nacional, engranar mejor las naciones estatales con las «naciones sin Estado», incorporar historiográficamente muchos de los nuevos temas aquí mencionados, recalibrar los conceptos que planteen problemas, etc. Sin embargo, todo esto será imposible sin tener en cuenta los desarrollos teórico-historiográficos previos, de entre los cuales queremos destacar las diversas contrapartes que ha tenido y tiene el modernismo. Introducir al lector en la enorme variedad y alternativas posibles ha sido en última instancia el objetivo de este trabajo.

### **Bibliografía**

- Anderson, B. (2006) (1983). *Imagined Communities: Reflections about the Origin and Spread of Nationalism*. Londres: Verso.
- Archilés, F. (2015). Absència i persistència. L'estudi de la nació i el nacionalisme. En Id. (ed.). *La persistència de la nació: estudis sobre nacionalisme* (pp. 9-43). Catarroja-València: Afers-Universitat de València
- Armstrong, J. (1982). *Nations before nationalism*. Chapel Hill: The University of North Carolina Press.
- Bhabha, H. K. (ed.) (1990). *Nation and Narration*. Londres: Routledge.
- Billig, M. (1995). *Banal Nationalism*. Londres: Sage.
- Breuilly, J. (1982). *Nationalism and the State*. Manchester: Manchester University Press.
- Brubaker, R. (2004). *Ethnicity without Groups*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- Brubaker, R., Feischmidt, M., Fox, J. y Grancea, L. (2006). *Nationalist Politics and Everyday Ethnicity in a Transylvanian Town*. Princeton-Oxford: Princeton University Press.
- Calhoun, C. (1997). *Nationalism*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

- (2007). *Nations Matter: Culture, History, and the Cosmopolitan Dream*. Londres-Nueva York: Routledge.
- Chatterjee, P. (1986). *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?* Nueva Jersey: Zed Books.
- (1993). *The Nation and Its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*. Princeton: Princeton University Press.
- Coackley, J. (2012). *Nationalism, Ethnicity and the State: Making and Breaking Nations*. Los Angeles: Sage.
- Connor, Walker (1994). *Ethnonationalism: the Quest for Understanding*. Princeton: Princeton University Press.
- Day, G. y Thompson, A. (2004). *Theorising Nationalism*. Basingstoke-New York: Palgrave Macmillan.
- Delannoi, G. y Taguieff, P. A. (dirs.) (1991). *Théories du nationalisme. Nation, nationalité, ethnicité*. Kimé: París.
- Edensor, T. (2002). *National Identity, Popular Culture and Everyday life*. Oxford-Nueva York: Berg.
- Gat, A. y Jakobson, A. (2013). *Nations: The Long History and Deep Roots of Political Ethnicity and Nationalism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Geary, P. J. (2002). *The Myth of Nations: The Medieval Origins of Europe*. Princeton-Oxford: Princeton University Press.
- Gellner, E. (1983). *Nations and Nationalism*. Ithaca: Cornell University Press.
- Ginderachter, M. van y Beyen, M. (eds.) (2012). *Nationhood from Below. Europe in the Long Nineteenth Century*. Basingstoke: Palgrave-Macmillan.
- Greenfeld, L. (1993). *Nationalism: Five Roads to Modernity*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- Grosby, S. (2005). *Nationalism: A Very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- Harris, E. (2009). *Nationalism: Theories and Cases*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Hastings, A. (2000) (1997). *La construcción de las nacionalidades: etnicidad, religión y nacionalismo*. Madrid: Cambridge University Press.
- Hirschi, C. (2012). *The Origins of Nationalism: An Alternative History from Ancient Rome to Early Modern Germany*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hobsbawm, E. (1990). *Nations and Nationalism since 1780: Programme, Myth, Reality*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hobsbawm, E. y Ranger, T. (eds.) (1983). *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hroch, M. (1985) (1968). *Social Preconditions of National Revival in Europe: A Comparative Analysis of the Social Composition of Patriotic Groups among the Smaller European Nations*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Hutchinson, J. (1987). *The Dynamics of Cultural Nationalism: the Gaelic Revival and the Creation of the Irish Nation State*. Londres: Allen and Unwin.
- (2005). *Nations as Zones of Conflict*. Londres: Sage.
- Kedourie, E. (1960). *Nationalism*. Londres: Hutchinson.
- Mcneill, W. H. (1985). *Polyethnicity and National Unity in World History*. Toronto-Buffalo: University of Toronto Press.

- O'Brien, C. C. (1988). *God Land. Reflections on Religion and Nationalism*. Cambridge (Mass.): Harvard University Press.
- Özkirimli, U. (2003). The nation as an artichoke? A critique of ethnosymbolist interpretations of nationalism. *Nations and Nationalism*, 9 (3), 339-355. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1111/1469-8219.00100>
- (2005). *Contemporary Debates on Nationalism: A Critical Engagement*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- (2010) (2000). *Theories of Nationalism. A Critical Introduction*. Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Roger, A. (2001). *Les grandes théories du nationalisme*, París: Armand Colin.
- Roshwald, A. (2006). *The Endurance of Nationalism*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Smith, A. D. (1988). *The Ethnic Origins of Nations*. Oxford-Malden: Willey-Blackwell.
- (1991). *National identity*. Reno: University of Nevada Press.
- (1998). *Nationalism and Modernism*. Londres: Routledge.
- (2004). *Nacionalismo: teoría, ideología, historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- (2009). *Ethno-symbolism and Nationalism*. Abingdon: Routledge.
- Wimmer, A. (2013). *Waves of War. Nationalism, State Formation, and Ethnic Exclusion in the Modern World*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Yack, B. (2012). *Nationalism and the Moral Psychology of Community*. Chicago: University of Chicago Press.
- Yuval-Davis, N. (1997). *Gender and Nation*. Londres: Sage.
- Yuval-Davis, N. y Anthias, F. (eds.) (1989). *Woman-Nation-State*. Londres: Macmillan.